

La revolución en el pensamiento político de Tucídides (II)

ANTONIO LÓPEZ EIRE
Universidad de Salamanca

Los dos rasgos más importantes que caracterizan la historiografía de Tucídides son los siguientes:

1. Tucídides decide hacer una historiografía científica, metodológicamente rigurosa y práctica, concebida como historia político-ética que sirva de maestra para el futuro¹.

2. La historiografía política de Tucídides es científica no sólo por el rigor con que se examinan y exponen los datos, sino sobre todo porque se basa en las leyes necesarias que rigen la naturaleza humana, responsables de que en los hechos del hombre se perciban estructuras recurrentes (Th. 3, 82, 2 *gignómena kai aei esómena*).

Respecto del primer punto, veamos cómo opone «lo exacto», «lo cierto» (*akribés², saphés*) a lo «fabuloso y legendario» (*muthôdes*)³:

1. H. Erbse, «Zur Geschichtsbetrachtung des Thukydides», *AA* 10, 1961, pp. 19-34 = H. Herter, *Thukydides*, pp. 617-618: «... dass die Methode des Wahrscheinlichkeitsschlusses nicht das Charakteristikum thukydideischer Geschichtsbetrachtung ausmacht ... Das Auffinden der hinter den Dingen wirkenden Kräfte und der geheimen Beziehungen zwischen den Ereignissen macht seine eigentliche Methode aus ... weil er die geheime Gesetze der Begebenheiten aufspürte und seine Worte nach Massgabe jener leitenden Ideen formte, deshalb wurde er der Begründer der wissenschaftlichen, der objektiven Geschichtsschreibung». Recordemos que en la historiografía griega cuenta sobre todo el criterio de verosimilitud; cf. K. V. Fritz, *Die griechische Geschichtsschreibung von den Anfängen bis Thukydides*, 2 vols., Berlín, 1967; cf. I, p. 760 ss. Recordemos, finalmente, que tanto en Tucídides como en el tratado hipocrático *Sobre la medicina antigua* encontramos expresamente declarado el propósito de acumular y asimilar los acontecimientos con el fin de que sirvan de guía para casos y ocasiones futuras. Pero creemos que es exagerado hacer de Hipócrates y Tucídides dos miembros de la escuela de Abdera (cf. C. N. Cochrane, *op. cit.*, 4). Son muchísimos, sin embargo, los estudiosos de Tucídides que han visto un estrecho parentesco intelectual entre el historiador y el atomista Demócrito.

2. Th. 1, 22, 2 *hóson dúnaton akribéai* («con la mayor exactitud posible»). Cf. W. Kolbe, *Thukydides im Lichte der Urkunden*, Berlín, 1938, p. 60: los datos que se pueden verificar mediante inscripciones nos presentan a Tucídides como un historiador muy digno de confianza. En cambio, critican la labor de nuestro historiador V. J. Hunter, *Thucydides. The artful reporter*,

«Y para la audición tal vez la ausencia del elemento fabuloso en los hechos referidos aparecerá como un rasgo un tanto menos agradable; pero quienes se propongan examinar la verdad de los hechos acaecidos y de los que han de ser en el futuro, en conformidad con la humana naturaleza, tales o aproximados a éstos, el que esos los consideren útiles será suficiente. Esta obra ha sido compuesta más bien como una posesión para siempre que como una pieza de competición destinada a la escucha momentánea.»

El historiador ha de ser riguroso transmitiendo un informe, razonando con el *eikós*, o leyendo una inscripción donde se dice que Hipias era más viejo que Hiparco.

En cuanto al segundo principio, vamos a estudiarlo detenidamente porque es fundamental para entender la clave de la historiografía científica de Tucídides.

Según este historiador, que ya no siente gran interés por el problema de las crecidas del Nilo ni por los usos y costumbres de los escitas, la naturaleza humana está regida por unas leyes necesarias, universales⁴, gracias a las cuales es posible una ciencia como la medicina, y gracias a las cuales la historiografía puede convertirse también en ciencia a base de elevar a paradigmático y universal el comportamiento de los seres humanos, tanto individualmente como social o políticamente, en determinadas y muy variables circunstancias.

Dejemos que sea el propio Tucídides quien nos lo explique.

He aquí cómo responden los atenienses a los melios en el ya referido diálogo en que ambas partes, empleando el método científico, antinómico, propio de las discusiones de los sofistas, contienen y sostienen sus respectivas opiniones a base de aducir argumentos⁵:

«Pues consideramos que lo divino (a juzgar por la opinión) y lo humano (claramente siempre en virtud de una necesidad de su naturaleza) es mandar en aquel al que se domina. Y nosotros, que ni hemos establecido esa ley ni hemos sido los primeros en hacer uso de ella una vez establecida, sino que la hemos recibido cuando ya existía y la dejaremos tal como para que siga existiendo para siempre, estamos haciendo uso de ella, sabiendo como sabemos que también vosotros y otros haríais lo mismo si llegarais a estar en la misma situación de poder en la que estamos nosotros.»

Toronto, 1973, y W. P. Wallace «Thucydides», *Phoenix* 18, 1964, pp. 151-161. Sin embargo, Tucídides deja constancia en muchas ocasiones de su afán y empeño por conseguir la versión o explicación verdadera de un hecho (Th. 6, 60, 2; 60, 4; 61, 1). Su digresión sobre los tiranidas (6, 53-61) le sirve para atacar la tradición oral.

3. Th. 1, 22, 4.

4. Continuamente a lo largo de su obra aplica Tucídides las constantes de la naturaleza humana al estudio de las tensiones y conmociones políticas que se produjeron en la guerra del Peloponeso. La «previsión», la *prónoia*, ayuda a la ciencia (recordemos el comienzo del *Pronóstico* de Hipócrates, donde se nos dice que el médico debe practicarla). Por otro lado, Tucídides afirma que hay distintos tipos (*eíde*) de *stásis*, según las circunstancias (Th. 3, 82, 2).

5. Th. 5, 105, 2.

Oigamos ahora hablar de las leyes universales y eternas de la naturaleza humana a aquellos embajadores atenienses que se encontraban casualmente en Esparta cuando los megarenses y los corintios se quejaron ante los lacedemonios de la insoportable política imperialista de Atenas. En aquella ocasión ante la asamblea de lacedemonios y aliados los embajadores atenienses se expresaron así⁶:

«Así, tampoco nosotros hemos hecho nada extraordinario ni ajeno al modo de actuar humano si hemos aceptado un imperio que se nos ofrecía y ése no lo hemos dejado escapar, vencidos como estamos por los más importantes motivos: la honra, el temor y el provecho; y si, por otra parte, tampoco fuimos los primeros en tal comportamiento, sino que siempre ha sido norma establecida que el más débil sea reducido por el más poderoso; y al mismo tiempo creemos ser dignos de ello y a vosotros os lo parecíamos hasta que, haciendo cálculos de lo que os interesaba, ahora os valéis del argumento de la justicia, que hasta ahora nadie sacó a relucir, cuando se le ofrecía la posibilidad de adquirir algo por la fuerza, para desistir de obtener ventaja.»

Veamos ahora hasta qué punto, según Tucídides, la naturaleza humana es irrefrenable. Examinaremos para ello unas palabras de Diódoto⁷, que, a propósito del debate sobre la dureza del castigo a que fueron sometidos los mitileneos, nos declaran que nada puede la ley contra los impulsos de la naturaleza humana decidida a delinquir:

«Es, sencillamente, imposible y propio de gran bobaliconería de quienquiera que así lo crea, el pensar que, cuando la naturaleza humana se lanza con ánimo resuelto a realizar algo, se la puede hacer desistir, ya por la fuerza de las leyes, ya por cualquier otra especie de terror.»

Para Tucídides la verdadera e irreprimible naturaleza del hombre tiende, en el fondo, más a su propio provecho que a lucirse mediante ejemplares conductas meritorias. Estas ideas las puso el historiador en boca de los tebanos cuando respondieron a un discurso que los plateos, después de haber entregado su ciudad a los lacedemonios, pronunciaron ante éstos quejándose de los daños que habían sufrido de los tebanos y apelando a la valentía y amor a Grecia que a raíz de la invasión de Jerjes ellos mismos habían mostrado oponiéndose a los persas. He aquí esas palabras de los tebanos⁸:

6. Th. 1, 76, 2.

7. Th. 3, 45, 7.

8. Th. 3, 64, 4. La naturaleza humana, según Tucídides, es constante y predecible, si bien está sometida a lo inesperado (*túkhe*) que a veces tuerce sus planes (*gnome*), haciendo así triunfar las fuerzas irracionales sobre las racionales. Es verdad, asimismo, que puede alterarse por las leyes (*nómoi*) y las maneras (*trópoi*) (Th. 2, 41, 2; 2, 39, 4; 2, 37, 3). Pero, en general, tiende a la libertad propia y al dominio ajeno (3, 45, 2), a la codicia (*pleonektein*) (4, 61, 5) y a la ambición (*philotimía*) (3, 82, 8); antepone la fuerza a la justicia; es egoísta, pues sólo tiende a su propio provecho; es envidiosa (2, 35, 2), vengativa (2, 42, 4), cobarde (6, 79, 1), cruel (7, 29, 4); tiende al error y al desacierto (3, 45, 3) y es incoercible (3, 45, 7).

«Y los hechos con los que, como afirmáis, antaño resultasteis hombres de pro, ahora habéis dejado en claro que no se ajustaban a vosotros, mientras que aquello a lo que vuestra naturaleza aspiraba ha quedado probado al haber salido a la luz: acompañasteis, en efecto, a los atenienses en su avance mientras éstos iban yendo por un camino de iniquidad.»

La naturaleza humana es, además, vengativa. Así lo hace notar Cleón en el *Debate de los mitileneos* cuando aconseja a sus conciudadanos (Th. 3, 40, 7): «ahora pagadles con la misma moneda» (*nûn antapódote*).

Uno de los rasgos innegables e inequívocamente propios de esa invariable e inmutable común naturaleza de los hombres es su propensión al error y al desacierto tanto particularmente como obrando en grupo. He aquí cómo lo expresa el ya mentado Diódoto con ocasión del también referido debate sobre la severidad y crudeza de la pena impuesta a los mitileneos⁹:

«Todos los hombres son por naturaleza proclives a cometer errores tanto en su vida privada como en su actuación pública y no hay ley que se lo impida, toda vez que los hombres han pasado por todos los castigos que han ido continuamente añadiendo por ver si de algún modo padecían menor número de delitos perpetrados por los malhechores. Y es probable que antaño las penas establecidas para los más graves delitos fueran un tanto más blandas, pero, como seguía habiendo transgresiones, con el tiempo la mayor parte de los castigos han dado en elevarse hasta la pena de muerte; y pese a todo, aun esa situación sigue siendo transgredida.»

Incluso el estupendo estadista que fue Pericles nos señala otra gran debilidad de la naturaleza humana: la envidia. Dice así¹⁰:

«Pues hasta este punto son tolerables los elogios que de otras personas se hacen: en la medida en que cada uno en particular se cree asimismo ser también capaz de ejecutar algo de lo que ha oído; pero con respecto a lo que supera sus posibilidades se muestra envidioso e incrédulo.»

Y el propio Alcibíades, al defender, en contra de la opinión de Nicias, la aventurada expedición naval a Sicilia, movido a ello por sus personales ambiciones de gloria y riquezas y su discrepancia con la política con Nicias, afirma ser consciente de la natural envidia que el brillo de su persona provoca en sus conciudadanos, pero añade que ello es propio de la humana naturaleza. Así exactamente se expresa Alcibíades¹¹:

«Y, por otro lado, todos los destellos con que brillo en la ciudad mediante las *coregías* o con cualquier otro proceder son por naturaleza vistos con envidia por mis conciudadanos, pero a los ojos de los extranjeros eso también se les aparece como una manifestación de fuerza.»

9. Th. 3, 45, 3.

10. Th. 2, 35, 2.

11. Th. 6, 16, 3.

Y los embajadores atenienses que, como ya hemos referido, defendieron ante los lacedemonios el imperialismo de su patria haciendo frente a las quejas de los megarenses y de los corintios, manifestaron sin empacho alguno que es connatural al hombre el afán de mandar, y que, aceptada esta incontrovertible premisa, los atenienses han ejercido el poder con una moderación que no cabría esperar de otros¹²:

«Son dignos de elogio quienes, haciendo uso del instinto de la naturaleza humana que incita a mandar en otros, resultan un tanto más justos de lo que sería de esperar considerando el poder del que disponen.»

Hermócrates reprendió a los de Camarina diciéndoles sin ambages ni circunloquios que la justicia es un bello argumento convencional para ocultar tras él la cobardía¹³:

«Y por cobardía, tal vez, observáis la justicia, diciendo que tenéis un tratado de alianza con los atenienses.»

Y Brásidas, que, aunque lacedemonio, poseía cierta habilidad para hablar en público, dirigiéndose a los ciudadanos de Acanto, expone sin rodeos que la injusticia es inevitable, pues fuerzan a ella el provecho propio y la autodefensa¹⁴:

«Y no consideraré ya estar obrando injustamente, sino que en parte incluso me asiste la razón en virtud de dos necesidades: respecto a los lacedemonios, para que por vuestra buena disposición hacia ellos, si no os dejáis arrastrar a nuestras filas, no sufran daño con el dinero que se os recauda como tributo destinado a los atenienses; y los griegos, para que no se vean impedidos por vosotros de librarse de la esclavitud.»

Estas tremendas debilidades, fallas o defectos de la naturaleza humana se dejan notar sin duda en la acción política de los seres humanos, pues, como muy claramente expuso Hermócrates ante la asamblea celebrada en Camarina, la envidia y el miedo son pasiones que no sólo afectan al individuo, sino que atacan incluso a las más grandes potencias¹⁵:

«Y si alguien siente envidia o temor, pues las más grandes potencias experimentan estas dos pasiones, y a causa de ellas desea que Siracusa sufra serios daños, para que nosotros nos volvamos moderados, pero que sobreviva en beneficio de su propia seguridad, no pone sus esperanzas en un deseo propio de la humana naturaleza; pues no es posible que un mismo individuo sea al mismo tiempo administrador en igual medida de sus propios anhelos y de la fortuna.»

12. Th. 1, 76, 3.

13. Th. 6, 79, 1.

14. Th. 4, 87, 3. Los ciudadanos de Acanto dejaron entrar en su ciudad a Brásidas en parte porque fueron persuadidos por los seductores argumentos de éste y en parte porque temían por sus viñas en un momento ya próximo a la vendimia (cf. Th. 1, 88; 4, 88).

15. Th. 6, 78, 2.

En consecuencia, pues, la visión que tiene Tucídides de la naturaleza humana, que es el motor de los acontecimientos históricos a través de la *gnome* («la decisión planificada» del hombre que choca con el factor no humano de la *túkhe*, «la contingencia») no puede ser más pesimista.

En efecto, cuando Hermócrates, previendo la invasión ateniense, exhorta a los sicilianos reunidos en Gela a oponerse a ella, les dice rotundamente que no hay que censurar a quienes buscan dominar a los demás; antes bien, lo que hay que hacer es impedirselo; pues es un principio indiscutible que en virtud de la naturaleza humana el fuerte domine al débil¹⁶:

«Y que los atenienses pretendan obtener esos beneficios y que tomen sus medidas para ello es cosa perdonable, y yo no censuro a los que desean mandar, sino a los que están demasiado prestos a obedecer; pues por naturaleza la condición humana tiende por doquier a mandar sobre el que cede, pero a guardarse del agresor.»

El imperialismo ateniense es, consecuentemente, defendible tanto en Esparta¹⁷, como en Melos¹⁸, como por Nicias en Siracusa¹⁹, y el altruismo queda excluido de la política (y, por tanto, de la historia), pues el hombre, que no es más que un egoísta, un ambicioso insaciable por naturaleza (*pleonéktēs*)²⁰ —y al decir «hombre» nos referimos asimismo al Estado—, contempla tan sólo su propio provecho.

Esto parece desprenderse de las palabras con las que Cleón reprende a los atenienses cuando éstos estaban decididos a rebajar el cruel castigo que habían impuesto a los mitileneos²¹:

«Y en el caso de que o cometáis un error persuadidos por ellos mediante argumentación o que cedáis a la compasión, no consideraréis que os ablandáis peligrosamente en detrimento vuestro y no con vistas a ganar la gratitud de vuestros aliados.»

Que los políticos obran movidos por ansias de lucro y por particulares ambiciones es algo que Tucídides dice lisa y llanamente refiriéndose a los sucesores de Pericles en el poder (Th. 2, 65, 7). Y asimismo cuenta el

16. Th. 4, 61, 5. Obsérvese que Tucídides es consciente de que el progreso tecnológico, el afán de dominar la tierra y el mar, y el insaciable apetito de ganancias conducen inevitablemente al imperialismo. Pero la agresividad imperialista ya había hecho acto de presencia en la generación anterior a la de Cleón y Tucídides, y de incurrir en ella no se libraron ni Cimón ni Pericles, aunque esto no nos lo cuente el insigne historiador. Cf. M. I. Finley, «The fifth-century Athenian empire: a balance-sheet», en P. Garnsey-C. Whittaker, *Imperialism in the Ancient World*, Cambridge, 1978, p. 103 ss.

17. Th. 1, 76, 2-3.

18. Th. 5, 89; 105, 2.

19. Th. 7, 74, 2.

20. Cf. Th. 1, 40, 1: *pleonéktai*. Cf. Th. 1, 77, 3; *epleonektolmen*, 4, 61, 5; *pleonekteîn*, 4, 62, 3; *pleonekté sein*, 4, 82, 6; *pleonektêsai*, 6, 39, 2; *pleonekteî*, etcétera.

21. Th. 3, 37, 2. Sobre el «motivo del provecho», «profit-motive», cf. M. I. Finley, *Ancient History: Evidence and Models*, Londres, 1985, p. 77.

eximio historiador cómo en vísperas de la loca expedición ateniense a Sicilia hasta el soldado raso (la gran mayoría de los expedicionarios) esperaba obtener dinero de la situación inmediata y adquirir además unos recursos de los que se derivaría en el futuro una paga para toda la vida (Th. 6, 24).

Así pues, antes de pasar a examinar cómo concibe Tucídides la revolución, la *stásis*, conviene que fijemos definitivamente dos conclusiones que se deducen de su concepción de la historia:

1. Según Tucídides, los acontecimientos históricos dependen de la naturaleza humana y de las circunstancias. La humana naturaleza responde siempre de la misma manera en idénticas circunstancias.

2. En segundo lugar, para Tucídides la naturaleza puede más que la ley.

De ambas conclusiones son prueba las palabras que el historiador dedica al análisis de la paradigmática revolución de Corcira. He aquí, seguidamente, las que apoyan el primero y el segundo aserto:

1. «Y muchas calamidades²² sobrevinieron a las ciudades por causa del alzamiento de partidos, como las que vienen ocurriendo y siempre ocurrirán en tanto la naturaleza de los hombres sea la misma, pero con mayor intensidad o más bonancibles, y dispares por sus conformaciones, según las particulares variaciones de las circunstancias que se van presentando».

2. «Perturbada la ciudad en esta ocasión²³, y habiéndose impuesto a las leyes la humana naturaleza, acostumbrada por lo demás a cometer desmanes al margen de las leyes, con gusto dejó ver que es incapaz de dominar su cólera y que es más fuerte que la justicia y que es enemiga de lo que sobresale; pues en caso contrario los ciudadanos no preferirían a la santidad el cobrar venganza y al no cometer injusticia el obtener ganancias, en caso de que la envidia no tuviera una fuerza dañina.»

En la «Historia de la guerra del Peloponeso» hay dos revoluciones examinadas por Tucídides con especial minuciosidad: la revolución de Corcira (427 a. C.), que Tucídides enjuicia con ojos y perspectiva de demócrata considerándola una revolución oligárquica (cf. Th. 3, 82-83 *hetairía, philétairos, hetairikós, xúnodoi*, etc.), si bien las matanzas y toda suerte de crueldades que a raíz de ella se originaron fueron perpetradas fundamentalmente por los demócratas, y la revolución oligárquica en Atenas (411 a. C), que así la llamó y la consideró el historiador, como si revolución e involución oligárquica fuesen una y la misma cosa (cf. Th. 8, 98, 4 «así acabaron el régimen oligárquico y la revolución en Atenas»).

22. Th. 3, 82, 2. Obsérvese «en tanto que la naturaleza de los hombres sea la misma». Tucídides nos ofrece los hechos históricos en cuanto que son verdaderos en su generalidad y pueden suceder. Pertenecen, pues, a la categoría de lo que es susceptible de ocurrir. Cf. A. W. Gomme, *The Greek Attitude to Poetry and History*, Berkeley, California, 1954.

23. Th. 3, 84, 2.

Otras revoluciones nuestro historiador las menciona en un par de líneas o poco más²⁴.

Fiel al principio de explicar los procesos históricos partiendo de los factores constantes de la condición humana, emprende Tucídides la descripción y análisis de la revolución, de la *stásis*, uno de los peores males según el Coro del Edipo en Colono de Sófocles (S. OC, 1234-6), en uno y otro caso.

En Corcira, isla clave del archipiélago del mar Jónico, comenzó la inestabilidad política cuando regresaron de Corinto a su patria los aristócratas que habían sido hechos prisioneros en las batallas navales que tuvieron lugar en aguas de Epidamno y las islas Siböta²⁵. Pues bien, en el verano del año 427 a. C. tuvo lugar una conspiración de estos oligarcas contra el gobierno de la isla, que al comienzo de la guerra del Peloponeso había resuelto mantener su alianza defensiva (*epimakhía*) con Atenas²⁶, pero sin declararse por ello beligerante contra la liga peloponesíaca. Los conjurados irrumpieron en el Consejo de los corcirenses y dieron muerte a Pitias, jefe del partido democrático y por ello declaradamente proateniense, y a otros 60 demócratas entre senadores y particulares. Tan sólo unos pocos miembros del partido popular filoateniense consiguieron refugiarse en una trirreme ática que se encontraba anclada en el puerto, y llegar, así, a Atenas²⁷. Los oligarcas, entonces, se hicieron con el poder e hicieron aprobar al pueblo la resolución de que a partir de ese momento Corcira sería neutral respecto de los dos bandos contendientes en la guerra. Al punto enviaron embajadores a Atenas que comunicaran el cambio de la situación en Corcira y la nueva resolución adoptada, y tratasen de hacer ver a los atenienses que los recientes acontecimientos en la isla redundarían en su provecho. Llevaban también el encargo de persuadir a los corcirenses refugiados en Atenas a que no intentasen ninguna acción perjudicial para la patria, con el fin de que no se produjese por parte ateniense una reacción contra Corcira. Pero cuando estos embajadores llegaron a Atenas fueron inmediatamente arrestados como revolucionarios (*hos neo terízontas*) juntamente con los refugiados corcirenses que se habían dejado convencer por ellos²⁸.

Así las cosas, en Corcira se produjo un segundo ataque a los demócratas, después de que llegara a la isla una trirreme corintia que llevaba a bordo embajadores lacedemonios. Los oligarcas atacaron a los populares y resultaron victoriosos en la lucha. Los derrotados se refugiaron en la Acrópolis, donde se reagruparon y se hicieron fuertes, y ocuparon también el puerto

24. Th. 4, 1, 3 (Regio); 5, 4, 3 (Leontinos); 5, 5, 1 (Mesene); 5, 33 (Parrasia); 6, 74 (Mesene); 6, 95 (Tespías); 7, 33, 6 (Turios); 7, 46 (Acragante); 8, 44, 1 (Rodas).

25. Th. 1, 47-55. Es importante, a nuestro juicio, recordar que la *stásis* de Corcira la protagonizó el partido oligárquico, aunque luego los demócratas resultasen vencedores en la contienda civil y refrendaran su victoria con numerosas y tremendas atrocidades.

26. Th. 1, 44, 1.

27. Th. 3, 70.

28. Th. 3, 70-72.

Hilaico. Por el contrario, los oligarcas dominaban la zona urbana de alrededor del Ágora y el puerto situado junto a ella y frontero al continente. Los combates entre ambas facciones duraron varios días. Los dos bandos enfrentados enviaron heraldos a los campos de los alrededores tratanto de reclutar esclavos a los que prometían como recompensa la libertad. Naturalmente, la gran mayoría de éstos pasó a engrosar las filas del partido popular, mientras que, por su parte, los oligarcas se hicieron con el apoyo de 800 mercenarios procedentes del continente. En fin, tras una lucha durísima y muy enconada en la que participaron bravamente las mujeres tirando tejas desde las casas y aguantando la conmoción y el tumulto con abnegación y fuerza superiores a lo que dejaría esperar su natural condición, y tras un incendio que a punto estuvo de aniquilar la ciudad entera, triunfó el bando demócrata sobre el oligárquico²⁹.

Al día siguiente llegó a Corcira desde Naupacto el almirante ateniense Nicóstrato, hijo de Diítrefes, con 12 naves y 500 hoplitas mesenios, que negoció un convenio entre las dos facciones beligerantes³⁰.

La revolución de Corcira arrastró de inmediato la intervención de los dos bandos enfrentados en la guerra. Los peloponesios enviaron 53 trirremes, y los atenienses, primero 12 y luego 60. Con la llegada de ese último contingente que, procedente de Léucade, iba al mando de Eurimedonte hijo de Tucles, los navíos peloponesios emprendieron el regreso a casa a toda velocidad y sin alejarse de la costa³¹.

Fue entonces cuando los corcirenses demócratas, vencedores de la guerra civil, se cobraron venganza en los oligarcas y sus partidarios. «Pero algunos murieron también —añade Tucídides— por causa de enemistad privada, y otros, a los que se les debía dinero, a manos de quienes se lo habían tomado a préstamo»³².

La revolución de Corcira, entendida como un movimiento (*kínesis*) de ruptura con el derecho la sometió Tucídides a su riguroso y científico método cuyo propósito era mostrar a través de la verdad histórica la verdad política, haciendo así una historia de los acontecimientos políticos tan válida para explicar los hechos del pasado como los del futuro³³.

Para Tucídides, en efecto, la historia es una ciencia sometida a leyes de las que ningún acontecer humano se escapa, razón por la cual los hechos del

29. Th. 3, 72-74.

30. Th. 3, 75.

31. Th. 3, 75-81.

32. Th. 3, 82, 4. En la descripción de la *stásis* de Corcira Tucídides describe, según Macleod, los males de la educación sofística. Cf. C. Macleod, *Collected Essays*, Oxford, 1983, p. 128. Sobre la gran capacidad de destrucción que en lo material y lo moral posee la *stásis*, razón por la que Tucídides admiraba las constituciones oligárquicas, que son menos propensas a las revoluciones, cf. S. Hornblower, *Thucydides*, Londres, 1987, p. 162.

33. Cf. H. Patzer, *Das Problem der Geschichtsschreibung des Thukydides und die thukydideische Frage*, Berlín, 1937. Sobre la revolución como ruptura con el estado de derecho, cf. B. Bazco, «Le contrat social des français: Sieyès et Rousseau», en *The Political Culture of the Old Regime*, I, Pergamon Press 1987, pp. 494-495.

pasado sirven como modelo para explicar los del presente, ya que las circunstancias y acontecimientos históricos se repiten como se repiten las estaciones del año y los hechos físicos en general y las pestes con todos sus síntomas y circunstancias concomitantes. Esto último nos lo dice el propio Tucídides cuando trata de la peste que se produjo en Atenas un año después del comienzo de la guerra del Peloponeso, el 430 a. C. Estas son sus palabras³⁴:

«Yo voy a contar cómo se iba produciendo (*sc.* la peste) y los síntomas a partir de los cuales alguien, examinándolos, si alguna vez llegara a sobrevenir, podría de la mejor manera no fallar en su reconocimiento, por el hecho de saber ya previamente algo de ella; esos síntomas los voy a poner de manifiesto, toda vez que yo en persona sufrí la enfermedad y vi yo mismo a otros padecerla.»

Para Tucídides la historiografía es el estudio de un proceso continuo de política y guerras, de oposición y concertación de fuerzas, a través del cual se configura el poder. El objeto de la historia, según Tucídides, es la lucha por el poder, que el historiador debe estudiar sin atribuir a los dioses ningún tipo de causalidad histórica, y basándose exclusivamente en indiscutibles datos empíricos que permiten deducir leyes generales y obligatorias que rigen la naturaleza humana: los humanos tienden por naturaleza (más tarde lo dirá Hobbes) a obtener cada vez mayores ganancias (*pleonexía*) y más honores (*philotimía*) y el poder (Th. 3, 82, 8 *któ menoí tò krateín*), y la naturaleza quiere que el más fuerte domine al más débil. La causa de todos los horrores que sobrevinieron a los habitantes de Corcira como consecuencia de la revolución acontecida en la isla el año 427 a. C. fue, como siempre, el deseo de mando, el anhelo de imperio, afán connatural al hombre, inspirado por la incesante codicia y la constante ambición de honores, y, a raíz de estos dos esenciales factores, el ardoroso y apasionado espíritu de partido que es propio de las facciones rivales que gustan de altercar y enzarzarse en porfías y disputas³⁵.

En el análisis de la revolución de Corcira, Tucídides, que no era moralista, pero sí un intelectual respetuoso de los valores morales y éticos que deploraba las situaciones en que los criminales prefieren recibir el calificativo de «diestros» en vez del de «estúpidos», sustituye los síntomas que ha puesto ante nuestros ojos en la pormenorizada exposición de la peste

34. Th. 2, 48, 3. D. L. Page, «Thucydides and the great plague at Athens», *CQ* 3, 1953, p. 97 y ss. A. J. Holladay-J. C. F. Poole, «Thucydides and the plague of Athens», *CQ* 29, 1979, p. 282 y ss. «Thucydides and the plague: a foot note», *CQ* 32, 1982 p. 235 y ss. «Thucydides and the plague: a further footnote», *CQ* 34, 1984 p. 483 y ss. Acerca de lo constante de la condición humana, cf. A. Parry, «The language of Thucydides' description of the great plague at Athens», *BICS* 16, 1969, p. 106 y ss. Por la constancia de la naturaleza humana la historia de Tucídides es útil a los hombres de Estado, los cuales deben en todo momento saber predecir e interpretar los hechos, como supieron hacerlo muy bien Temístocles (Th. 1, 138, 3) y Pericles (Th. 2, 60, 5).

35. Th. 3, 82, 8.

de Atenas por una detallada relación de los horrores que se produjeron en el momento en que una facción se impuso sobre la otra³⁶:

«Cuando los corcirenses se dieron cuenta de que las naves atenienses se acercaban y la flota enemiga se había ido, condujeron a ocultas al interior de la ciudad a los mesenios³⁷ que antes estaban fuera de ella y ordenaron a las naves que habían equipado que navegaran en torno al puerto Hilaico, y en tanto duraba esa circunnavegación mataron a quienquiera de sus enemigos personales que cogían; y hacían bajar de las naves a cuantos habían persuadido a que se embarcasen y se los iban despachando; y yendo al templo de Hera, convencieron a unos 50 hombres de entre los suplicantes que allí se encontraban de que se sometieran a juicio y los condenaron a todos a muerte. Y la mayor parte de los suplicantes, todos los que no se dejaron persuadir, al ver lo que estaba pasando, se daban a quitarse la vida los unos a los otros allí mismo, dentro del recinto sagrado, y algunos de ellos se ahorcaban colgándose de los árboles y otros se iban quitando la vida cada cual como podía. Y durante los siete días en que permanecía allí desde su llegada Eurimedonte con sus 60 naves, los corcirenses se dedicaban a asesinar a los que tenían por enemigos personales suyos, dirigiendo las acusaciones contra los que intentaban desmantelar el régimen democrático, pero algunos murieron también por causa de enemistades privadas, y otros, a los que se les debía dinero, a manos de quienes se lo habían tomado a préstamo. Toda forma de muerte hizo acto de presencia, y de los particulares sucesos que suelen acontecer en circunstancias tales ninguno hubo que no viniera a producirse también e incluso más allá de lo previsto. Pues, en efecto, los padres mataron a sus hijos y los suplicantes eran arrancados de los recintos sagrados y matados en sus inmediaciones y algunos, incluso, fueron rodeados por un muro en el templo de Dionisio y en él perecieron.»

En el análisis de la revolución de Corcira se centra Tucídides con particular interés porque la considera el preludio de una larga serie de hechos similares que jalonan seguida e ininterrumpidamente el espacio cronológico por el que se extendió la guerra del Peloponeso. Así nos lo hace saber nuestro historiador³⁸:

«A tal grado de crueldad llegó esta revolución, y aún pareció más porque tuvo lugar entre las primeras, ya que, más tarde, asimismo todo el mundo griego, por decirlo así, se conmocionó, toda vez que había diferencias por doquier como para que los dirigentes del pueblo hicieran ir en su ayuda a los atenienses y los oligarcas a los lacedemonios.»

En segundo lugar, la revolución de Corcira es paradigmática porque en ella se produjo un gran baño de sangre al apoyar Atenas al partido democrá-

36. Th. 3, 81, 2 y ss. Sobre Tucídides considerado como moralista, cf. M. I. Finley, *Thucydides' History of the Peloponnesian War*, ed. revis., Penguin Classics, 1972.

37. Th. 3, 75. El general de los atenienses Nicóstrato, hijo de Dítrfes, con 12 navíos y 500 mesenios había acudido en ayuda de los demócratas corcirenses.

38. Th. 3, 82, 1.

tico, que resultó triunfador. En las contiendas civiles las facciones en pugna buscan el apoyo de las potencias extranjeras. En la guerra del Peloponeso los partidos populares pedían la intervención de Atenas y los oligárquicos la de Esparta. Lo que Tucídides pone de relieve es el hecho de que la naturaleza humana tiende a la agresión, que puede ser en forma de guerra entre estados o de revolución, de enfrentamiento entre bandos de una misma ciudad-estado, de contienda civil³⁹:

«Y mientras que en tiempo de paz no tendrían pretexto ni predisposición a pedir su intervención (*sc.* la de las potencias extranjeras), estando esos estados en guerra, las peticiones de intervención proporcionaban fácilmente a los partidarios de la revolución incluso alianzas que servían al mismo tiempo para menoscabo del partido contrario y por ello mismo para acrecimiento del propio.»

La *stásis*, por tanto, no es más que una particular manifestación que adopta la agresiva naturaleza del hombre. A la *stásis* se llega lo mismo que a la guerra por el desmedido afán de lucro, poder y mando y por la personal ambición (Th. 3, 82, 8 *pánton d' autôn aítion arkhe dià pleonexían*). Estas dos taras son las que desencadenan la autodestrucción de la sociedad humana (y, por ende, de los estados) a través de la guerra o la revolución. La guerra anula las leyes vigentes entre los estados e impone entre ellos el estado de naturaleza. La revolución (que tiene a la guerra por maestra) impone el estado de naturaleza en el interior de cada ciudad al eliminar sus leyes. Ambos factores, pues, destruyen la sociedad humana. Así nos explicamos que en *Las Euménides* de Esquilo (A. *Eu*, 977-9) se suplique que «nunca en la ciudad brome la revolución insaciable de males». Así justamente lo entiende nuestro historiador cuando compara la figura política del inconmensurable estadista que fue Pericles con las de sus mediocres y demagogos sucesores, quienes por su ambición y su codicia dañaron irremparablemente el estado y la potencia bélica de Atenas⁴⁰:

«Sobrevivió (*Sc.* Pericles) a la guerra dos años y seis meses; y después de su muerte se reconoció en mayor medida su capacidad de previsión para la guerra; pues él afirmaba que los atenienses vencerían si se mantenían

39. Th. 3, 82, 1. Recordemos que el vocablo *stásis* es un nombre de acción formado sobre la raíz* —*stH₂*—, que responde o bien a *hístemi*, voz activa, en cuyo caso significa «colocación» (cf. IG, II², pp. 654-659, III a. C.), «erección», *stásis steles*, «acción de pesar» (Ar. *Ra*. 1401 *haúte 'sti loipè sphôin stásis*) —cf. *statér*: «pesa»—, o bien a *hístamai* y entonces significa «acción de plantarse firme» (cf. en Homero *statós* referido al caballo que está enhiesto en el establo, o la locución *antloi éstan*, «se plantaron haciendo frente»). Consiguientemente, la *stásis* que a nosotros nos interesa, la que responde como nombre de acción o nombre verbal al verbo *hístamai*, en voz media, significa etimológicamente «plante», o sea: «confabulación entre varias personas para exigir airadamente una cosa».

40. Th. 2, 65, 6. Tucídides, al igual que Demócrito, considera la revolución, la *stásis*, como una enfermedad de la que expone el diagnóstico pero no la curación. Cf. E. Hussey, «Thucydidean history and Democritean theory», *Crux: Essays in Greek history presented to G. E. M. de Ste. Croix on his 75th birthday*, eds. P. Cartledge —F. D. Harvey, Londres, 1985, p. 118 y ss.; cf. 134.

en calma y cuidaban su flota y no trataban de extender su poder durante la guerra ni incurrieran en peligros que amenazasen a la ciudad; pero los otros (*sc.* los sucesores de Pericles) hicieron todo eso al revés, y, además, por sus particulares ambiciones y anhelos de lucro, gestionaron políticamente de forma incorrecta para ellos mismos y para sus aliados otras empresas que aparentemente estaban al margen de la guerra.»

Tucídides establece el principio de que el afán de imperio por causa de la codicia y la ambición⁴¹ genera toda la serie de males que tuvieron lugar en la *stásis* de Corcira, tremendas calamidades que se produjeron entonces y se producirán siempre, en tanto la naturaleza de los seres humanos sea la misma⁴², independientemente de los eslóganes políticos que se griten en las revoluciones, ora democráticos, ora oligárquicos.

La *stásis* es particularmente virulenta si afecta a una ciudad dentro del ambiente general de una guerra, pues «la guerra es una maestra de violencia». Th. 3, 82, 2: «Pues en tiempos de paz y en la prosperidad las ciudades y los particulares tienen mejores los sentimientos, porque no incurren en situaciones no deseadas y forzosas; pero la guerra, sustrayéndoles la comodidad de la vida cotidiana *es un maestro que ejerce con violencia*, y a los temperamentos de la mayoría de la gente los hace similares a las circunstancias». La violencia —señala Gomme en su comentario— es una consecuencia natural de la guerra entre estados (*op. cit.* p. 373). La *stásis*, la revolución, opone, en realidad, como dirá más tarde, en vísperas de la revolución francesa, Emmanuel Sieyès, a un cuerpo de ciudadanos contra otro, a un *imperium in imperio* contra otro.

Y es que *stásis* y guerra se dejan reconducir a una misma causa u origen común: la ambición, las incoercibles ansias de poder y el afán de lucro, lacras inevitables e insoslayables de la naturaleza humana que conducen al hombre, a las sociedades y a los estados a la autodestrucción, a la revolución, a la discordia civil y a las guerras entre estados por causa de la supremacía. La respuesta al porqué de la *stásis* y la guerra se encuentra en la propia constitución de la naturaleza humana. Para quienquiera lea la *Arqueología* resulta claro que Tucídides al escribirla albergaba un doble propósito en su mente: en primer lugar, como ya dijimos, demostrar que, en comparación con la magnitud de la guerra del Peloponeso, los conflictos anteriores a ella no fueron realmente significativos en modo alguno. En segundo lugar, el historiador nos muestra cómo en el proceso por el que dos comunidades políticas (las *póleis* o las facciones dentro de las *póleis*) rivalizan por acrecentar su poder salen a relucir indefectiblemente los instintos de dominación y provecho del hombre con sus inmediatas secuelas que son la revolución, la discordia civil y la guerra.

41. Th. 3, 82, 8. Cf. Emmanuel Sieyès, *Ensayo sobre los privilegios*, trad. esp., Madrid, 1989, p. 68: «Los dos grandes motores de la sociedad son: el *dinero* y el *honor*».

42. Th. 3, 82, 2.

La revolución y la guerra son dos realidades, según Tucídides, entreveradas. La violencia civil es consecuencia, según Tucídides (Th. 3, 82, 2), de la guerra entre estados. Es frecuente que surjan las revoluciones en tiempo de guerra y dadas unas determinadas circunstancias políticas. Al comienzo de la *stásis* de Corcira, hubo una guerra entre los epidamnios y tribus no griegas de los alrededores⁴³. Seguidamente tuvo lugar en Epidamno una revolución que llevó al poder a los demócratas e impulsó a los aristócratas derrocados a unirse a las tribus bárbaras vecinas para hostigar continuamente a la ciudad. Como consecuencia de esta disensión civil los demócratas de Epidamno, que habían solicitado infructuosamente de Corcira, la madre patria, su intervención para acabar la guerra con los bárbaros, fueron apoyados por los corintios, que eran partidarios de la oligarquía y se regían por esta modalidad de régimen político, y los corcirenses, que por reacción contra la intervención indebida de los corintios⁴⁴ apoyaban a los oligarcas derrocados de Epidamno, en primer lugar, derrotaron a sus adversarios el año 435 a. C. en la batalla de Leucimne (Th. 1, 30), y luego, cuando éstos seguidamente prepararon una enorme flota (Th. 1, 31) para resarcirse de su derrota, buscaron la alianza de los atenienses (Th. 1, 31), que eran demócratas de la más antigua cepa de la democracia⁴⁵. Los corintios y sus aliados se enfrentaron el año 433 a. C. con corcirenses y atenienses en aguas de las islas Sibota. Ambos bandos se consideraron vencedores. Pero lo importante para nosotros ahora es que tras esa batalla los corintios trataron con especial consideración a 250 corcirenses que en ella habían hecho prisioneros. La razón de ese tan humano trato era procurar ganarlos a su causa para que más tarde, cuando volviesen a Corcira, devolviesen esta isla a la influencia de Corinto. Vemos, por consiguiente, cómo, según Tucídides, guerra y revolución se entremezclan e implican mutuamente. Las revoluciones o *stásis* son movimientos políticos que proporcionan fundamentos para la acción bélica: por ejemplo, los oligarcas de las ciudades griegas de la Calcídica hacían lo posible por hacer entrar en ellas a Brásidas cuando dirigía la expedición militar de los lacedemonios por Tracia⁴⁶, mientras que, al contrario, el partido popular de Mende ayudaba a Atenas⁴⁷. Los oligarcas argivos concluyeron un tratado de paz con Esparta el año 418 a. C. para acabar con la democracia en Argos⁴⁸, y consiguieron con la ayuda de Esparta echar abajo

43. Th. 1, 24.

44. Mabel Lang se pregunta si Tucídides no nos presenta en forma sesgada la intervención de Corinto en el conflicto enfrentándose a su arrogante colonia Corcira y apoyando a Epidamno. Cf. M. Lang, «Thucydides and the Epidamnian Affair», *CJW* 61, 1968, pp. 173-176.

45. Cf. Th. 1, 24, 5-7; 1, 26, 3-4. Según Donald Kagan, Corcira, cuando negó su ayuda a los epidamnios el año 435 a. C., tenía un gobierno democrático, pues democrática era ya su constitución el año 427 a. C., en el que tuvo lugar la famosa revolución (*stásis*). Cf. D. Kagan, *The Outbreak of the Peloponnesian War*, Itaca, N. York, 1969, pp. 208-209. Nosotros pensamos que el gobierno del año 435 a. C. en Corcira era oligárquico.

46. Th. 4, 110, 1 (respecto de Torone); 4, 123, 2 (respecto de Mende).

47. Th. 4, 130, 4-5.

48. Th. 5, 76.

al partido democrático que a la sazón gobernaba en esa ciudad y, además, también con apoyo espartano, establecieron una nueva oligarquía en Sición el año 417 a. C.⁴⁹. Pero una contrarrevolución capitaneada por el partido democrático argivo que por entonces «se iba poco a poco consolidando»⁵⁰ devolvió el poder a los demócratas argivos y así se renovó la alianza de Argos con Atenas⁵¹.

Lo que tuvo de especial la revolución de Corcira, aparte de haber sido la primera de la guerra del Peloponeso y muy cruenta, fue, en primer lugar, el hecho de que atrajo de inmediato a las dos potencias rivales en la guerra, las cuales internacionalizaron lo que en principio no era sino un conflicto interno de una *pólis* concreta; y, luego, al mismo tiempo, resultó que la oposición de los dos bandos políticos antagónicos de Corcira ideologizó la guerra. A partir de la *stásis* de Corcira, cuya narración detallada sirve al propósito de Tucídides de exponer las condiciones y síntomas universales de la *stásis* y el estímulo que ésta recibe de la guerra, la guerra del Peloponeso se convirtió en ideológica y ya Atenas sólo apoyó a los partidos democráticos de las diferentes *póleis* y Esparta únicamente a los oligárquicos, mientras que antes de la revolución de Corcira los corintios respaldaban a los demócratas de Epidamno y Atenas a los corcirenses, quienes, a su vez, prestaban ayuda a los oligarcas epidamnios.

La exarcebación y la radicalización más extremas tuvieron en las pasiones desencadenadas durante la revolución de Corcira su connatural asiento. Tucídides lo dice con diáfanos palabras⁵²:

«Y los ciudadanos neutrales eran aniquilados por obra de ambas facciones o bien porque no se unían a ellos para acudir a la confrontación o bien por la envidia que provocaba el que sobrevivieran.»

La ideologización produjo la destrucción del centro político o de la línea de acción moderada, el extremismo de la oposición de partidos, y la distorsión del vocabulario por causa de un desajuste bien perceptible entre significantes y significados.

Como en tales circunstancias cualquier tipo de compromiso se hizo imposible, la guerra se generalizó (surgen los nuevos frentes de Sicilia y Tracia) y en ella se vieron envueltas más *póleis* (Elide, Mantinea, Argos), y la animadversión y hostilidad mutua de los contendientes fue tan grande a partir de la ideologización de la guerra, que aún después de haberse concluido la paz de Nicias, que puso fin a los primeros diez años de la guerra del Peloponeso convencionalmente agrupados bajo la denominación de «guerra arquidámica», el año 421 a. C., todavía tanto en Atenas como en Esparta sigue habiendo partidarios de la guerra⁵³.

49. Th. 5, 81, 2.

50. Th. 5, 82, 2, *kat' ollgon xunistámenos*.

51. Th. 5, 82, 5.

52. Th. 3, 82, 8.

53. Cf. Th. 5, 21, 2-3 (Cleáridas el lacedemonio, que fue comandante en Anfípolis, quería

Al agudizamiento de la hostilidad exterior correspondió dentro de las ciudades la agravación de todas las manifestaciones del encono y del ensañamiento entre partidos⁵⁴:

«Así pues, las ciudades se sumían en revoluciones y las que iban a la zaga de alguna manera, al enterarse de lo que había ocurrido antes, incrementaban en mucho trecho innovaciones tanto por la extremada ingeniosidad de sus ataques como por lo absurdo de sus venganzas.»

Las palabras cambiaron de significado, pues se produjo un desacuerdo o disconformidad entre las formas del pensamiento y las normas de conducta, y, una vez que el único lenguaje eficazmente expresivo era el propio del partidismo político, las palabras ordinarias se cargaron de significaciones propias de este campo semántico. Las palabras mudaron, así, de significado al tiempo que se alteraron los esquemas habituales de los proyectos y de las realizaciones de los corcirenses, y toda empresa o acción fue considerada y expresada a la luz del cruel enfrentamiento político entre partidos. Nada se podía decir que no fuese susceptible de ser entendido en el contexto específico de la lucha civil entre las facciones. Todas las palabras y expresiones poseían doble sentido al cobrar particulares acepciones que derivaban del exceso de partidismo o espíritu de partido que cargaba la atmósfera de la ciudad de Corcira en la guerra civil⁵⁵:

«Y cambiaron (*sc.* los corcirenses) el acostumbrado valor de las palabras en su referencia a las acciones con vistas a su justificación. Pues la audacia irreflexiva fue considerada valentía amistosa hacia los camaradas del partido; la vacilación prudente, cobardía disimulada; la sensatez, una máscara de la falta de virilidad; y la reflexión inteligente sobre toda empresa, indolencia para acometer toda empresa; al contrario, a la viveza insensatamente ejercida se la adjudicó, en añadidura, a un componente propio del hombre, y el tramar asechanzas con seguridad fue tenido por un bien alegado pretexto para volverse uno atrás».

Veamos ahora cómo, realmente, los significados de las palabras cambiaron al compás de la alteración que se produjo en la valoración de los comportamientos⁵⁶:

saber si el tratado era aún susceptible de alguna alteración); 5, 36, 1 (los éforos Cleobulo y Jénares deseaban romper la tregua); 5, 43, 1 (había en Atenas un partido que deseaba romper la tregua).

54. Cf. Th. 3, 82, 3.

55. Th. 3, 82, 4-5. Cf. A. W. Gomme, *op. cit.*, III, p. 370 y ss.

56. Th. 3, 82, 5. Cf. W. Wössner, *Die synonymische Unterscheidung bei Thukydides und den politischen Rednern der Griechen*, Würzburg, 1937, pp. 29-37. Según L. Edmunds, «Thucydides' Ethics as reflected in the description of *stasis* (3, 82-83)», *HSPH*, 79, 1975, pp. 73-92, el análisis ético de los comportamientos en Corcira a raíz de la revolución refleja el pensamiento ético tradicional, que, dice el autor, puede definirse como «dorio, conservador y oligárquico» (82 «as Dorian, conservative and oligarchic»). Señala Edmunds semejanzas entre la descripción de la *stasis* y la *Raza de Hierro de los Trabajos y los Días* de Hesíodo. También H. Lloyd-Jones, *The Justice of Zeus*, Berkeley, 1971, pp. 137-144, había señalado que el mundo de Tucídides era el de la religión griega tradicional (144 «the world of traditional Greek religion»).

«Y el que se irritaba era siempre tenido por leal, y el que se le oponía, por sospechoso. Y el que había alcanzado su objetivo en la conspiración por él tramada era considerado inteligente, y el que había concebido sospechas de ella, aún más hábil. En cambio, el que había tomado medidas con el fin de que ninguna de esas cosas le hiciera falta era tenido por dismantelador del partido e individuo aterrorizado ante los adversarios. En una palabra, quien se había adelantado a quien estaba a punto de hacerle daño era objeto de elogio, así como también el que había exhortado a ello a quien no lo proyectaba.»

La revolución de Corcira trajo como consecuencia la subversión, la inversión de los valores morales⁵⁷. A partir de aquel momento el valor de las acciones se midió por otro rasero: el de su acogida favorable o desfavorable en el partido; pues quien mayores daños causó a sus adversarios políticos alcanzó más alta consideración en su partido⁵⁸:

«Y es más, los parientes se hicieron más ajenos que los camaradas de partido, ya que éstos estaban más dispuestos a arrostrar audazmente peligros sin aducir pretextos; pues tales asociaciones⁵⁹ no lo eran para utilidad pública en conformidad con las leyes en vigor, sino para obtener ganancias al margen de las leyes establecidas. Y las promesas de mutua fidelidad no las aseguraban con mayor firmeza mediante las instituciones divinas que mediante alguna transgresión compartida. Y las palabras de los adversarios que eran dichas con honradez eran recibidas, en el caso de que aquellos llevaran ventaja, con el propósito de vigilar sus obras y no con nobleza de espíritu. Vengarse de alguien se tenía en más que el no haber sufrido uno mismo algún daño inicialmente; y los juramentos de reconciliación, si alguna vez se producían, tenían valor en el instante, ya que cada parte los prestaba ante lo embarazoso de la situación, al no tener fuerza que pudiesen obtener de otro origen alguno; y el que en una ocasión que se brindara había arrostrado el riesgo de la acción anticipándose a su enemigo, al verlo desprotegido, se vengaba con más gusto, a causa de la confianza de aquél, que si lo hubiera hecho abiertamente, y tenía en cuenta también la seguridad y el que, al haber vencido por engaño, se hacía además con un galardón concedido a su inteligencia. Y es que la mayoría de los hombres, cuando son malhechores, más fácilmente se dejan llamar

57. La inversión o subversión de los valores morales o éticos como tendencia propia de la naturaleza humana es una idea que aparece con frecuencia expresada en el pensamiento ético arcaico y refleja un claro pesimismo aristocrático. Para los aristócratas cualquier tiempo pasado fue mejor. Hesíodo, Teognis y Píndaro recurren a la inversión de los valores morales para explicar la inversión del orden social. Platón trata de la inversión de valores que tiene lugar en el alma del demócrata: Pl. *Rp.*, 8, 650-651.

58. Th. 3, 82, 6. Todos los rasgos de la *anagkalia anthropelia phúsis* se dejan ver en la *stásis* de Corcira: el afán por mandar en los demás, la codicia (*pleonexía*), la ambición (*philotimía*), el egoísmo, la venganza, la cobardía, la envidia.

59. Utiliza en este punto del texto (Th. 3, 82, 6) Tucídides una palabra, *xúnodoi*, que la pone también Aristófanes en boca de Cleón en *Los Caballeros*, cuando amenaza con ir al Consejo y contar las confabulaciones, «reuniones nocturnas» y conjuras de conspiradores contra la democracia. Cf. Ar. *Eq.* 475-477.

diestros que estúpidos, y de lo uno se avergüenzan, mientras que de lo otro se vanaglorian.»

He aquí, pues, en esencia los resultados de esa subversión de valores morales que es la revolución, que, en el fondo, no supone otra cosa sino la vuelta del hombre a su natural condición, una vez rotas las convenciones sociales que lo unían al Estado, proceso exactamente contrario al pacto que da origen al *Leviathan* de Hobbes, mediante el cual los individuos ceden la totalidad de sus derechos naturales, menos uno: el de la autodefensa. En efecto, según Tucídides muestra al tratar la *stásis* de Corcira y en los debates de Mitilene y Platea, la revolución y ese «maestro de violencia» que es la guerra aniquilan la moral convencional.

La persona queda más vinculada al partido que a la familia. Hermosas frases que lanzan como eslóganes políticos los cabecillas de las facciones (la igualdad de los ciudadanos libres, las excelencias de la aristocracia) no son más que lenguaje huero que encubre el afán de poder y la ambición personal de esos individuos. Ninguno de ellos sirve al interés público, sino a sus particulares apetitos. Las mutuas garantías se establecen mediante el crimen compartido, o sea, la violación común de una importante ley social. La naturaleza urge al hombre a no pensar más que en sobrevivir y vencer y a no desviarse un ápice de tales objetivos por atender a argumentos de justicia u honradez que no tienen sentido una vez roto el orden social. La venganza aparece, así, como un muy atractivo deleite que traslada al nivel de la naturaleza lo que en la sociedad era la aplicación de la ley penal. Los juramentos no tienen validez ni poder alguno, ya que fueron hechos bajo el peso agobiante de la necesidad. El adelantarse a la acción del enemigo sin respetar ningún compromiso ni código de honor es la más alta perfección a que en tales circunstancias se puede llegar, pues semejante acción implica la combinación de la audacia y de la inteligencia al tomar venganza. Se recurre incluso a la exterminación de los adversarios a sangre fría y se difunde por la ciudad entera un insoportable y enrarecido ambiente de sospechas mutuas que impide toda oposición a la revolución ya en marcha. Estos son los síntomas de ese organismo enfermo que es el Estado afectado por la revolución. Detrás de la *stásis*, de la guerra y del imperialismo se encuentra como causa y fundamento de esos importantísimos fenómenos histórico-políticos la naturaleza humana.

En suma: la naturaleza humana en vivo, con su insaciable deseo de poder y honores es lo que se observa indefectiblemente detrás de las acciones humanas dignas de ser recordadas por un veraz y científico historiador⁶⁰:

60. Th. 1, 22, 4. El concepto de *anagkaía anthrhopéia phúsis*, la naturaleza humana sometida a leyes fijas y observables científicamente, es precedente de la trasposición de la legalidad del Universo a la teoría social (Montesquieu, *L'esprit des lois*). Y en cuanto que esta «naturaleza humana inevitable» se deja ver tal cual es en determinadas circunstancias contrastando con el aspecto que normalmente adopta en una comunidad regida por leyes positivas, este concepto es

«Pero quienes se propongan examinar la verdad de los hechos acaecidos y de los que han de ser en el futuro, en conformidad con la humana naturaleza, tales o aproximados a éstos, el hecho de que éstos los consideren útiles será suficiente.»

La naturaleza humana tal cual es, amoral, inmoral, codiciosa, irrefrenable, capaz de todas las injusticias, actos de violencia y crímenes por el ansia de poder y afán de lucro, esencialmente egoísta, agresiva y hasta cruel, mueve a los hombres y a los estados y se convierte, así, en el factor decisivo que da impulso al acontecer histórico. En la *stásis* de Corcira aparece la naturaleza humana (la *anagkaía anthro peía phúsis*) tal cual es: desea el mando sobre otros (el ataque de un partido al otro por afán de poder: Th. 3, 82, 2, *ktomenoi tò krateîn*), es codiciosa (Th. 3, 82, 6, *pleonexía*), ambiciosa (obsérvese la ambición de los individuos en el marco del partido), antepone la fuerza a la justicia (la «osadía más irreflexiva» pasa a ser sinónimo de «valentía»), es egoísta (sólo cuenta la propia persona, ni siquiera la familia), es envidiosa (los revolucionarios mataban por envidia a los que sobrevivían), es vengativa (les era más sabrosa la venganza que el no haber recibido de entrada daño alguno), es cobarde (matar con engaño era tenido por muestra de inteligencia), es cruel (les proporcionaba doble placer matar al enemigo desprevenido).

Este principio de explicación del acontecer histórico es recurrente a lo largo de toda la obra de Tucídides: desde los comienzos de la historia el hombre ataca al hombre mediante la piratería y el pillaje, por lo que las ciudades se ciñen de murallas para protegerse con fuerza contra sus vecinos⁶¹. Pronto en las ciudades prósperas (obsérvese la vinculación que se establece entre crisis económica y cambio político) los pobres se someten por mejorar su suerte a los ricos y más poderosos y algunos de estos últimos llegan a hacerse con el control de las ciudades más insignificantes⁶². Surgen así, por este egoísta afán de poder, las tiranías en las ciudades griegas; y los tiranos, preocupados por preservar su seguridad personal y mantener e incrementar el poder y las riquezas de sus familias, actuando (de nuevo, ¡cómo no!) egoístamente en consonancia con la naturaleza humana, no realizaron ninguna empresa digna de ser tenida en cuenta. En el alborear de la historia hay que colocar asimismo las revoluciones, las *stáseis*: debido a la especial riqueza o bondad de sus tierras el poder de algunos se iba incrementando y éstos entonces hacían planes, sediciones o insurrecciones (*stáseis enepoíoun*) a consecuencia de los cuales resultaban destrozadas las comunidades de los insurrectos⁶³.

precedente de la distinción entre derecho natural y positivo, diferenciación clave del contractualismo clásico, tanto de la construcción lockiana, como de la concepción organicista de la sociedad (Hobbes), o de la voluntad general del *Contrat social* (Rousseau).

61. Th. 1, 7.

62. Th. 1, 8, 3.

63. Th. 1, 2, 4.

Esa misma nefasta secuela de la *stásis* la sufrió Atenas al final de la guerra del Peloponeso, revolución que tuvo lugar a consecuencia de dos hechos importantes: la crisis económica y la ausencia temporal de la flota, estacionada en Samos. Así lo dice el propio Tucídides cuando compara al estadista inteligente y desinteresado que fue Pericles con sus ambiciosos y mediocres sucesores: a pesar de que los atenienses habían sufrido ya el desastre de la campaña de Sicilia y de que estaban enfrentados a los lacedemonios (al igual que antes) y además a los sicilianos y a los antiguos miembros de la Liga ahora en rebeldía haciendo frente al poder de Atenas, habrían podido resistir, de no haber ido a dar de lleno en una situación de revolución en su propia patria⁶⁴:

«Y no se rindieron hasta que no resultaron derribados tras chocar ellos mismos unos contra otros a causa de sus rivalidades personales.»

La naturaleza humana, pues, con su afán de poder y tendencia a la agresividad no solamente explica el amurallamiento y fortificación de las ciudades desde antiguo sino también las revoluciones, las *stáseis*, de entre las cuales una, la revolución oligárquica del 411 a. C., acabó con la mismísima Atenas.

Los desórdenes civiles provocados por las revoluciones, las *stáseis*, son, según Tucídides, los factores de desintegración de las *póleis*, de las ciudades-estados, por cuanto que suponen una quiebra en la solidaridad de los ciudadanos unidos, como miembros de la misma *pólis*, por el anhelo de acometer una empresa común. Este objetivo del bien común desaparece en las *stáseis* y es sustituido por el empeño que cada individuo particular pone en la consecución de sus propios intereses. Eso exactamente fue lo que ocurrió en la revolución oligárquica que tuvo lugar en Atenas el año 411 a.C., entre los meses de abril y junio, y que acabó poco después cuando los 400 oligarcas extremistas que presidían el gobierno fueron sustituidos por los 5.000 oligarcas moderados que rigieron los destinos de Atenas durante ocho o nueve meses en los que el gobierno, según Tucídides, no fue en absoluto malo⁶⁵ sino de transición a la democracia: Alcibíades entró en contacto con los estrategos oligarcas de la flota ateniense en Samos y les prometió conseguir el oro de los persas a condición de abolir la democracia en Atenas. Tan sólo Frínico no aceptó esta propuesta, pues estaba convencido de que Alcibíades aspiraba mediante esas maniobras a la tiranía. Pero la mayoría de los estrategos se mostró de acuerdo con la propuesta y, así, decidieron enviar una embajada a Atenas encabezada por Pisandro para exigir la abolición de la democracia, el regreso de Alcibíades y el establecimiento de relaciones amistosas con el sátrapa persa Tisafernes. Pero la asamblea popular que escuchó a los portavoces de los estrategos de Samos insistía en mantener la democracia. Los atenienses decretaron que Pisandro

64. Th. 2, 64, 12.

65. G. Donini, *La posizione di Tucidide verso il Governo dei Cinquemila*, Turín, 1969.

y 10 hombres más se entrevistaran con Alcibíades y Tisafernes para llegar con ellos a los acuerdos más provechosos⁶⁶. Al mismo tiempo se desposeyó de su cargo a Frínico, el sagaz adversario de Alcibíades. Pisandro, entonces, entró en contacto con las sociedades secretas (las *xunomosías*), las *heterías* que estaban integradas por aristócratas y se prestaban ayuda mutua en los procesos judiciales y en las elecciones de magistrados, y las exhortó a aunar esfuerzos para el ya inminente derrocamiento de la democracia⁶⁷.

Pese a que las negociaciones con Tisafernes a través de Alcibíades fracasaron, Pisandro y los conjurados de Samos decidieron seguir adelante en sus planes del establecimiento del régimen oligárquico en Atenas. Y, así, se encaminaron a Atenas, donde ya había hecho presa el terror de las *heterías* y se había perpetrado un asesinato político: la muerte de Androcles, el jefe de los demócratas radicales (recordemos cómo en la *stásis* de Corcira los conjurados dieron muerte a Pitias)⁶⁸. Aunque la constitución y los usos democráticos todavía no habían sido abolidos, la situación la dominaban ya claramente los oligarcas, pues en las sesiones del Consejo, de la *Bulé*, sólo se consideraba y se aprobaba lo que parecía bien a los conjurados, y nadie se atrevía a contradecirles ni a oponerse a ninguna de sus propuestas, pues era una apreciación generalizada el que la conspiración estaba ya muy ampliamente extendida. Si algún ciudadano osaba declararse contrario a la voluntad de los conspiradores era hombre muerto de forma expeditiva sin que se instruyera ningún proceso contra los culpables o se abriera investigación ninguna de los sospechosos⁶⁹. Entre los conjurados había individuos de los que nadie había podido sospechar que hubiesen realizado un giro político tan brutal: desde la democracia a la oligarquía. Estas conductas desencadenaban en mayor medida la general desconfianza entre los ciudadanos y, así, ayudaron no poco al establecimiento de la oligarquía⁷⁰.

Fue entonces ya, cuando, a comienzos de junio del 411 a. C., Pisandro y sus colegas llegaron a Atenas y convocaron al pueblo a una asamblea que se celebró en el sagrado recinto del templo de Poseidón en Colono, a las afueras de la ciudad. En ella se abolieron la *graphé paranómon*, que impedía con fuertes sanciones presentar mociones ilegales, y el cobro de dietas (*misthophoreîn*) a cargo del Estado, y, seguidamente, se aprobó, a propuesta de Pisandro apoyado por Antifonte, Frínico y Terámenes (los tres primeros, oligarcas duros, y el último, oligarca moderado), la elección de cinco *proedros* encargados de elegir, a su vez, 100 hombres, que luego, cada uno de ellos elegiría tres hombres más, hasta que el número total de los elegidos llegase a 400, que sería el número de miembros del nuevo Consejo, que gobernaría a partir de entonces con plenos poderes y reuniría, cuando lo

66. Th. 8, 54, 1.

67. Th. 8, 54, 4.

68. Pitias era el jefe del partido democrático en Corcira.

69. Th. 8, 66, 2.

70. Th. 8, 66, 5.

estimara pertinente, la Asamblea de los 5.000 ciudadanos atenienses que gozaban de todos los derechos civiles⁷¹.

Pues bien, lo más importante de esa coyuntura para Tucídides, que recibió posiblemente información del propio Alcibíades, fue que también en esta ocasión, al igual que en las demás *stáseis* independientemente de su signo político (ya democráticas, ya oligárquicas), lo primero que ocurrió fue que se perdió de vista el objetivo del bien común como factor social y afloró a la superficie ese conjunto de lacras ínsitas en la naturaleza del hombre, entre las cuales ocupa una posición preeminente la ambición privada, la *idía philotimía*, ese elemento disgregador que a más o menos corto plazo representa un freno para el crecimiento y progreso de un Estado e incluso a veces lo destruye completamente. Es justamente el proceso contrario al de la constitución del *Leviatán* de Hobbes: los hombres se olvidan de las leyes de la comunidad para volver a hacer uso de los derechos naturales a los que habían renunciado al constituirse en ciudadanos de una misma *pólis* (incidentalmente, Hobbes tradujo la *Guerra del Peloponeso*, de Tucídides).

En efecto, dice Tucídides que los partícipes en la conjura oligárquica empezaban ya a formar grupos, capitaneados por personajes que ocupaban cargos, como Terámenes y Aristócrates, y criticaban la situación del gobierno, y, sin atreverse a declarar abiertamente que no querían reducir el gobierno democrático a una oligarquía, por miedo a Alcibíades y al ejército de Samos, por un lado, y a quienes enviaban mensajes a Lacedemonia, por otro, se mostraban partidarios de nombrar el «Consejo de los 5.000» de hecho y no tan sólo de nombre y de introducir un mayor grado de igualdad en el gobierno y la constitución⁷². «Pero estas palabras —añade el historiador— eran un pretexto político y la mayor parte de ellos estaban entregados, en virtud de sus particulares ambiciones, a ese específico proceder a consecuencia del cual sobre todo se destruye una oligarquía salida de una democracia. Pues todos, en el mismo día del cambio, aspiran no a ser iguales sino a ser cada uno personalmente con mucho el primero; en cambio, de una elección que se hace en un régimen democrático los resultados uno los soporta en la idea de que no ha sido degradado por parte de sus iguales. Pero lo que más claramente los excitaba era la situación de Alcibíades en Samos, que era fuerte, y el hecho de que no les parecía que sería duradero el gobierno oligárquico; así pues, cada uno en particular luchaba por ser personalmente el “primer dirigente del pueblo”»⁷³.

La visión que tiene Tucídides del acontecer histórico no puede ser más pesimista⁷⁴: la naturaleza humana es responsable de que la guerra sea un

71. Th. 8, 67.

72. Th. 8, 89, 2. Cf. G. E. M. de Ste. Croix, «The Constitution of the Five Thousand», *Historia* 5, 1956, pp. 1-23.

73. Th. 8, 89, 3.

74. Cf. P. R. Pouncey, *The necessities of war. A Study of Thucydides' Pesimism*, Columbia University Press, N. York, 1980.

acontecimiento inevitable, de que desde los comienzos de la historia el hombre ataque al hombre. La propia guerra del Peloponeso estalló realmente porque los atenienses con un poder muy incrementado inspiraban temor y recelo a los lacedemonios⁷⁵. Las guerras, las revoluciones y la política de poder por la fuerza, el imperialismo, encuentran su último fundamento y razón de ser en la naturaleza humana. En virtud de la humana naturaleza es natural que el fuerte domine al débil: así, aparece justificado el imperialismo ateniense no sólo en el discurso de los embajadores de Atenas que hablaron en Esparta después de la intervención de los corintios⁷⁶ y en el debate sobre la suerte de Mitilene⁷⁷ entre Cleón y Diódoto, sino también en el discurso de Hermócrates a los sicilianos en Gela⁷⁸, en el diálogo de los melios⁷⁹ y en el discurso que Nicias pronunció en Siracusa⁸⁰.

La guerra y las revoluciones (*stáseis*), esas fuerzas destructoras y negativas, son inevitables, según Tucídides, porque en la esencia misma de la naturaleza humana radican la agresión y la violencia (ya se manifiesten en guerras, ya en revoluciones), que son una constante a lo largo de toda la *Historia de la guerra del Peloponeso*, desde las primeras páginas de la «Arqueología» hasta el libro VIII, en el que Tucídides nos muestra el destructor efecto de la *stásis* en Atenas como consecuencia de la ambición particular de cada individuo.

La revolución de Corcira⁸¹, estudiada por nuestro historiador con el mismo rigor con el que analizó los síntomas, síndromes y demás detalles clínicos de la peste que azotó a Atenas⁸² el año 430 a. C., se convierte en el paradigma de lo que acontece cuando las fuerzas violentas, egoístas, agresivas y amorales de la naturaleza humana se desencadenan, estallan en tromba, derriban y arrastran arrolladoramente todo el edificio en que descansan los valores sociales y morales de las colectividades. En ese momento estallan las guerras, que son confrontaciones entre estados causadas por la ambición de poder, y las revoluciones, que son sublevaciones dentro de una ciudad producidas por la ambición de un grupo social determinado (un partido), como en el caso de la revolución de Corcira, o por las particulares ambiciones de individuos concretos, caso de la revolución oligárquica del 411 antes de Cristo en Atenas.

El terror que dominó a Atenas en el invierno del 404 a. C.⁸³ y que nuestro historiador, de vuelta ya de su exilio, pudo palpar y contemplar con

75. Th. 1, 23, 6.

76. Th. 1, 76, 2-3.

77. Th. 3, 39-40.

78. Th. 4, 61, 5.

79. Th. 5, 89; 105, 2.

80. Th. 7, 77, 4.

81. Th. 3, 70-83.

82. Th. 2, 47 y ss.

83. Cf. A. W. Gomme, *A Historical Commentary on Thucydides*, I-IV, Oxford, 1945-1970; cf. III, p. 498. Sobre la fecha de la muerte de Tucídides, cf. P. Cartlege, *LCM* 9, 1984, p. 98 y ss.

sus propios ojos, cuando se fraguó la revolución de los 30 tiranos, capitaneados por Critias y respaldados por el general espartano triunfador, Lisandro, debió inspirar a Tucídides no pocos rasgos de su magistral pintura de los horrores y las crueldades que acompañan a las revoluciones.

En la *katástasis* o constitución de la naturaleza humana están las semillas de su propia aniquilación y de la desintegración social; el hombre lleva larvada en su naturaleza la *stásis*, que no necesita más que un mínimo impulso para ponerse en movimiento⁸⁴, y con la *stásis* vuelve el hombre a su primitiva condición natural inevitable, a su *anagkaía anthropeía phúsis*, en la que se encuentran las simientes de su autodestrucción, pues como muy bien dijo Pericles⁸⁵, «todas las cosas son por naturaleza propensas también a menguar» (*pánta gâr péphuke kai elassoûsthai*).

84. Th. 3, 82, 1, *ekinethé* ; 1, 1, 2, *kíne sis*.

85. Th. 2, 64, 3. Tucídides concibe la relación entre individuo y estado en términos orgánicos y así los imperios nacen y mueren como los hombres. Cf. J. de Romilly, *The Rise and Fall of States according to Greek Authors*, Ann Arbor, 1977.